

### 30. LOS ÚLTIMOS SON LOS PRIMEROS

**Introducción.** Estamos en los tiempos de la meritocracia, de ir engordando curriculums. Tiempo de máxima exposición de nuestros logros y fortalezas buscando la aprobación y la validación que otros nos den para sentirnos valiosos. Buscamos encajar en los moldes y esquemas que las expectativas de otros levantan sobre nosotros. Estamos en la época de volvernos empresarios de nuestra propia marca personal. Nos hemos convertido en empresarios de nuestra propia imagen con lo que eso afecta a todo el tejido de relaciones interpersonales. En vez de amigos tenemos socios, espónsores o clientes. En vez de gratuidad y de amistad sincera, nuestras acciones e intervenciones tienen precio. Todo se cobra, por todo pagamos. Y eso va decantando a los grupos sociales y los va diferenciando, entre los que pueden pagar y los que no. En este contexto donde se sectoriza la realidad, hay zonas VIP o barrios periféricos. Alta gama o marcas blancas. Recursos ilimitados y sueldos obscenos y dificultades reales para llegar a fin de mes, colas del hambre y despachos de Cáritas abarrotados de gente con bajos recursos. Lo “gourmet”, lo “delicatesen”, y la comida ultra procesada, necesitamos recuperar la prioridad del Evangelio. El recuerdo de que todos somos hijos del mismo Dios. Y compartimos destino común, los brazos misericordiosos del Padre.

**Lo que Dios nos dice.** *«¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?». Así, los últimos serán primeros y los primeros, últimos. Mientras iba subiendo Jesús a Jerusalén, tomando aparte a los Doce, les dijo por el camino: «Mirad, estamos subiendo a Jerusalén, y el Hijo del hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, y lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles, para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; y al tercer día resucitará» (Mt 20,15-19).*

La mirada de los hombres y la de Dios cambia mucho. Los hombres miramos las apariencias, Dios mira y conoce el corazón. Y Jesús nos invita a descubrir esa mirada suya que nos enseña a descubrir en todo, la huella de las manos de Dios, hacedor y creador de todo lo que nos ocurre. Un problema que tenemos los más «formados» es la conciencia de que ya conocemos el texto bíblico porque ya conocemos sus «historias». El conocimiento de la «Biblia» y los valores que de ella emanan no «convalida» la necesidad de un discernimiento de la Palabra en este texto concreto, que, como cualquier diálogo, requiere atención a las palabras concretas que el otro pronuncia y a la intención interna y última de todas sus palabras juntas para encontrar no una idea, sino la voz que susurra dando aliento de vida y dirección concreta y personal a la misma. Esto no se consigue leyendo los relatos de la Biblia a manera de «historias o cuentos con moraleja», sino acogiendo con empatía el dolor de Jesús cuando ve que se margina y se pisotea la dignidad de los más desfavorecidos.

**«¿Quién de los dos cumplió la voluntad de su padre?». Contestaron: «El primero». Jesús les dijo: «En verdad os digo que los publicanos y las prostitutas van por delante de vosotros en el reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y prostitutas le creyeron. Y, aun después de ver esto, vosotros no os arrepentisteis ni le creísteis» (Mt 21,31-32).**

Al parecer, con este contraste de “últimos y primeros”, Jesús quiere decir que el Reinado de Dios está abierto a todos, ricos y pobres. Y que se lo puede encontrar de formas muy distintas: de pronto, inesperadamente, de improviso, o después de haberlo anhelado y buscado desde siempre. Jesús expresa en esta parábola una verdad decisiva, y lo fascinante es que no la fórmula de manera teórica, sino que la narra cómo historia. La causa de Dios por la que se entrega todo no se puede hablar por mera conciencia del deber, partiendo de un imperativo de la obligación moral o de la exigencia fáctica.

**Como podemos vivirlo.** Se nos invita a querer libremente lo mismo que Dios, al contemplar con nuestros ojos la belleza de la fraternidad que Dios sueña, de modo que se despierte la alegría, el deseo de aquello que Dios quiere hacer en el mundo, y ese «deseo de Dios y de su causa» se haga carne en nosotros. Más que toda la autorreferencialidad y narcisismo. Para Jesús, el reinado de Dios es tangible y visible. No existe solamente en el interior de la persona ni se esconde tampoco en el más allá de la historia. Ya ahora se lo puede ver, tocar, adquirir, negociar. Justamente por eso fascina a los hombres y los mueve a cambiar su vida entera por lo nuevo –sin perder por ello la propia libertad–. El resplandor y la dicha del reinado de Dios son, en última instancia, la fuerza que mueve a los que siguen a Jesús y que causa siempre de nuevo el triunfo de la gracia de Dios en el mundo.